

Alejandro Venegas, educador beligerante

MARTIN PINO BATORY*

MARCO HISTORICO

En los últimos días de 1892 egresó la primera generación de profesores de Estado del Instituto Pedagógico y la noticia pasó casi inadvertida para el gran público de la capital. Eran veintinueve jóvenes educadores, llamados a realizar una importante reforma de la educación liceana de nuestro país y entre ellos estaba Alejandro Venegas Carús.

El acontecimiento era un nuevo triunfo, que afianzaba el avance de las ideas progresistas de los ilustres promotores de la creación del mencionado Instituto, conquista lograda tras ardorosa contienda, cuyo mejor testimonio estampara don Valentín Letelier en su obra *La lucha por la Cultura*, editada en 1895. El libro es una recopilación de artículos publicados en diarios de Santiago, de casi veinte años atrás, en pro de la educación pública estatal y la necesidad ineludible de perfeccionarla de acuerdo con los nuevos tiempos. Esa lucha, siendo por la cultura, lo era también por la democracia chilena.

Se oponían tenazmente a la creación del Instituto los representantes más destacados del conservantismo político y un sector católico ultramontano

*MARTÍN PINO BATORY: Tiene una larga trayectoria al servicio de la docencia, desde la enseñanza primaria a la universitaria. Se destacó en el desempeño de importantes cargos técnicos, entre otros, investigador en la Superintendencia de Educación y, después, Jefe del Departamento de Educación del Instituto Pedagógico de la ex Universidad Técnica del Estado.

que veían una amenaza en elevar el nivel de la enseñanza para el pueblo. Uno de sus voceros principales había dicho que los hijos de los campesinos y de los artesanos cuando abandonan la condición en que los ha colocado la Providencia, por haber accedido a estudios más altos, se convierten en ociosos, pedantes que se avergüenzan de sus padres, que aborrecen el trabajo honrado y terminan por aborrecer la sociedad¹. Y con semejante razonamiento la formación de profesores, para expandir la educación secundaria, se constituía en el peor atentado en contra del equilibrio social.

Cuando por fin se abrieron las puertas del Instituto el 1º de agosto de 1889 para acoger a los futuros profesores de Estado, se ganaba una batalla en la tenaz lucha por la Cultura.

Nuestro país vivía en los dos últimos decenios del siglo XIX un proceso incontenible de expansión social, originado en el crecimiento territorial, demográfico, económico y, por lo tanto, político, que se produjera al concluir la Guerra del Pacífico. Dicha expansión social reclamaba una nueva estrategia cultural y educativa, que elevara la calidad de vida de todos los chilenos. Era pues imperativo perfeccionar el modelo de convivencia democrática profesado desde los orígenes republicanos.

Los hijos del pueblo que habían contribuido con el sacrificio de sus vidas a la victoria bélica, merecían educarse recibiendo una instrucción más completa que los rudimentos de saber que apenas algunos captaban en la escuela primaria; merecían que en su edad adolescente se les respetara el derecho a desarrollarse y ser personas, que se les orientara frente al mundo del trabajo antes de convertirse prematuramente en "par de brazos". Debían tener acceso a las humanidades en igualdad de condiciones con todos para que los mejor dotados pudieran llegar a la Universidad, accediendo así a las profesiones más calificadas. El liceo, concebido como natural continuación de la escuela primaria, era el derrotero para democratizar y este objetivo nunca ha sido fácil de lograr.

Más aún, cuando aquellos adelantados caballeros del ideal eran investidos con sus armas de paz, el acontecimiento adquiría una connotación todavía más cercana. Hacía poco más de un año que había terminado la guerra fratricida, rubricada con la muerte del Presidente Balmaceda. La mitad de Chile no terminaba aún de restañar sus profundas heridas físicas y morales. Era necesario que la esperanza de tiempos mejores para sus hijos al

¹La cita, no estrictamente textual, es una frase del discurso del Pbro. J. Larraín Gandarillas al incorporarse a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en 1863, sobre la enseñanza de las humanidades a las clases populares.

menos fuera bálsamo de consuelo. Y los hombres más serios y responsables comprendieron que esas esperanzas debían tener fundamentos verdaderamente constructivos. La brutal contienda de 1891 tuvo el alto costo de diez mil vidas humanas; además, en pérdidas materiales, por destrucción de bienes y gastos a un costo de cien millones de pesos, casi el equivalente al presupuesto de la nación de ese año.

Se diría que los espíritus cultos y progresistas se adelantaron a la conciencia de la gran verdad que hiciera explícita en 1918 el escritor H.G. Wells: la historia de la humanidad se asemeja cada vez más a una tremenda competencia entre la educación y la catástrofe.

En Chile, la educación primaria ya contaba con profesionales de la docencia desde poco más de medio siglo, aunque no suficientes en cantidad para atender a todos los educandos que la requerían. La Enseñanza Normal inaugurada por Sarmiento, había sido recientemente reformada por José Abelardo Núñez. La docencia en secundaria había sido servida hasta ese momento en los pocos liceos existentes por algunos distinguidos profesionales o personas cultas, entre ellos algunos verdaderos sabios, cuyos nombres honran nuestra historia; pero, además, por un número creciente de personas improvisadas que ante una tarea nada fácil terminaban dejándose llevar por la rutina. Sin preparación, sin aptitud para comunicar conocimientos, por añadidura, en su mayoría, sustentaban ideas y prácticas aberrantes en lo referente a disciplina escolar. Ese personal docente no era garantía de progreso y la preparación de un nuevo tipo de profesor secundario se planteaba como urgente necesidad.

ORIGEN Y FORMACION

En el marco de los hechos bosquejados cabe responder a la pregunta implicada en el epígrafe, ¿quién era Alejandro Venegas, cuál fue su acción de educador y por qué le hemos adjudicado la calidad de beligerante?²

En el hogar que formaron don José María Venegas y doña Emilia Carús Silva, ocupando el quinto lugar entre sus hermanos, nació el 29 de mayo de 1870 en Melipilla. La pequeña localidad, gracias al esfuerzo de sus laboriosos habitantes, en ese mismo año dejó de ser clasificada como villa y se le

²Para redactar estas páginas el autor ha utilizado una parte de la documentación que empleó en su libro *Alejandro Venegas y su legado de sinceridad para Chile*, editado por Cooperativa de Cultura, Publicaciones y Multiactiva Ltda. 1985.

otorgó el título de ciudad cabecera del departamento del mismo nombre. Los esposos Venegas Carús, dueños de un importante emporio, contribuyeron con buena cuota de trabajos y desvelos a esa conquista civilizadora. Eran ambos personas vinculadas a cuanta iniciativa y obra de servicio a la comunidad se ponía en marcha. Sus obras de caridad y de filantropía eran incontables. Don José María fue regidor municipal durante todos los años que tuvo residencia en Melipilla; socio fundador y miembro del directorio del Banco local y de la Sociedad de Socorros Mutuos. Doña Emilia fue socia fundadora y después vicepresidenta y presidenta del Instituto de Caridad que socorría a los enfermos menesterosos. La familia Venegas Carús concitaba el afecto espontáneo y el respeto de toda la comunidad.

Alejandro tenía nueve años de edad cuando estalló la Guerra del Pacífico y fue testigo asombrado de los preparativos de los adultos para acudir a la contienda armada, compartió durante los años siguientes el clima de angustias y zozobras de los que esperaban noticias de los seres queridos. Cuando regresaron los soldados participó en la recepción triunfal que les tributó la ciudadanía y con el recuerdo de aquellos acontecimientos, ya adulto, reflexionó comprendiéndolos en su significado histórico más amplio.

El año en que cumplió doce fue matriculado por su padre en el Instituto Nacional y dos años después sería sancionado por una falta disciplinaria con la expulsión del establecimiento. Consciente de no haber cometido falta grave y de haber sido sancionado con exagerado rigor, prometió no volver jamás a ese recinto odiado en ese instante. Pero más tarde, por trascendentales acontecimientos de su vida y con mayor madurez de juicio, adoptaría otra decisión con ánimo distinto.

Alejandro tenía diecisiete años cuando se desató la siniestra epidemia del cólera por gran parte del territorio. En Melipilla cayeron muchas víctimas mortales y la comunidad debió defenderse con mucho valor e improvisados medios sanitarios. El hermano mayor de la familia Venegas, José María Segundo, de veintiséis años, tuvo a su cargo, como administrador, el lazareto de la ciudad. Alejandro colaboró valerosamente en la peligrosa batalla y en medio de ella pudo ver el trágico rostro que hacía aún más mortal el flagelo: la ignorancia del pueblo, su desorientación, sus aberrantes supersticiones. Por otra parte la irresponsabilidad criminal abismante de los dueños de grandes bienes que abandonaban a su suerte a los desamparados. Muchas familias campesinas que murieron completas debieron ser incineradas con sus enseres y animales dentro de sus ranchos míseros para impedir la propagación del mal.

Corría el mes de septiembre de 1887 cuando Alejandro debió cumplir en la capital un encargo de su padre. Visitó el edificio del Instituto Nacional y recordó emocionado los momentos gratos que allí había vivido. Casualmente se encontró con un ex compañero y luego de la conversación sostenida con él, dice haberse sacado la venda de los ojos y haber decidido reanudar sus estudios, recuperando el tiempo perdido “en el lodazal de la ignorancia”, según sus propias palabras. En algo más de un año de estudio intensivo aprendió las materias correspondientes a tres años, rindió todos sus exámenes y a fines de 1888 obtuvo el anhelado bachillerato.

Contento disfrutaba de bien merecidas vacaciones cuando, inesperada desgracia, su madre falleció en medio de la consternación de la familia y de la comunidad. El dolor abatió al joven Alejandro hasta el límite de la enajenación y sólo la ayuda de sus hermanas le rescató a la normalidad. El desconcierto le acompañó por mucho tiempo.

En agosto de aquel año, ingresó Venegas al Instituto Pedagógico y en sus aulas llegó a ser uno de los discípulos más distinguidos de los maestros alemanes Federico Hanssen y Rodolfo Lenz. En ese tiempo eran los más versados profesores de Lingüística, Gramática y Literatura, junto con ser los conocedores más idóneos de las didácticas respectivas. También Venegas hizo entonces, duradera amistad con su compañero Enrique Molina Garmendia.

Estudiaba en el tercer año del Pedagógico cuando estalló la guerra civil y muchos de los abominables horrores que se vivieron en la capital pudo verlos en toda su crudeza. Su propio hermano, por haber sido balmacedista, fue encarcelado y sometido a juicio; afortunadamente libró sin culpa. A fines del año siguiente falleció su padre, enfermo, envejecido y casi arruinado su negocio.

Este encadenamiento de infortunios en tan breve lapso, mirando a cara descubierta el sufrimiento humano propio y ajeno debió forjar el carácter sereno del estoico, a la vez que la voluntad beligerante, de moderno Quijote que fueron rasgos de Alejandro Venegas. Pensamos que de esas duras pruebas emergió la comprensión de sus deberes morales refrendada. Y su aptitud de educador alcanzó grado eminente porque, tanto la vida cuanto la alta escuela profesional que lo formara, le capacitaron para autoeducarse. Esta última condición de la madurez humana es la mejor garantía de eficiencia del educador de verdad que “enseña más que con lo que sabe, con lo que es”.

Alejandro Venegas egresó del Pedagógico titulado Profesor de Estado con mención en idioma francés, pero sus estudios de lingüística le habilitaban también para enseñar Castellano que era el ramo de su predilección. Entre los años 1893 a 1915 ejerció la docencia en los liceos de Valdivia, de Chillán y de Talca, sucesivamente. En los dos primeros consideramos que reveló su excepcional aptitud para la profesión docente, fue el profesor cabal. En el tercero, agregó la revelación plena del maestro educador, cuyos hechos expondremos más adelante.

El profesor Venegas fue nombrado en la planta del liceo de Valdivia, donde sirvió dos años dando muestras de ser uno de los egresados del Pedagógico mejor posecionados de los fundamentos y los métodos de la reforma de la enseñanza secundaria que se había implantado por las autoridades del Ministerio del ramo. Consistía dicha reforma en superar el antiguo sistema francés que disponía la enseñanza de asignaturas en cursos sucesivos, de modo que al rendir exámenes de fin de año el alumno cancelaba definitivamente su quehacer con esa materia, ocupándose en el curso siguiente de asignaturas nuevas que venían a agregarle un saber cuya conexión con los anteriores no era más que la sucesión en el tiempo.

Las teorías pedagógicas de Herbart y las investigaciones psicológicas de Wundt en alemania ya habían superado el concepto de aprendizaje por agregación de los conocimientos y lo había sustituido por el de aprendizaje por integración, de modo que resultara estimulada la construcción de síntesis cada vez más amplias y profundas del saber en la vida mental de los educandos. Las distintas ramas del saber dejaron de considerarse compartimentos estancos en el nuevo sistema llamado 'concéntrico'. En cada curso se debían tratar paralelamente distintas materias para que el alumno, al estudiarlas, al mismo tiempo avanzara en su mejor comprensión gradual, relacionándolas. En los cursos siguientes el círculo se agrandaba en torno al centro formado por materias elementales, favoreciéndose así las síntesis de conocimientos como bases formativas del pensar y del actuar. Herbart postulaba que el carácter correcto era consecuencia del pensar correcto.

Los métodos didácticos tradicionales eran deductivos, es decir, toda lección empezaba por el enunciado de la definición de una idea (lo abstracto) y procedía a la exposición de casos o narración de hechos o situaciones, demostrativos e ilustrativos de la definición (lo concreto). Los nuevos métodos, por influjo de los avances de las ciencias experimentales, debían poner el acento en la inducción. La lección empezaría con las observaciones

de casos y situaciones (lo concreto) para arribar a la definición de la idea y el concepto por inferencia (lo abstracto).

En cuanto se refiere a la relación profesor-alumno y disciplina escolar, las antiguas prácticas eran consecuentes con un rígido autoritarismo que sometía a la pasividad al alumno, cuya conducta oscilaba irracionalmente entre el miedo al castigo y la ansiedad por la recompensa. Sobre nuevos fundamentos empezaron a emplearse recursos que apelaban a la racionalidad por persuasión, mutua confianza y afecto. El propósito era conducir a la comprensión de la norma moral y del deber mediante raciocinio. El pensamiento lógico debía ser estimulador del carácter moral. Aunque otras doctrinas más avanzadas han mostrado las limitaciones de estos puntos de vista, no se puede desconocer el aporte del herbatianismo al destacar la importancia de los ramos científicos que habían sido casi desconocidos antes y se enseñaban en pésimas condiciones. Las influencias de Comte con su filosofía positivista y de Darwin con su teoría naturalista, resultaron convergentes con la orientación de esa reforma y esto no podía sino alarmar a los educadores católicos.

El profesor Venegas en el liceo valdiviano trabajó con entusiasmo, y más allá del aula su actividad se proyectó en demostraciones didácticas para aportar al perfeccionamiento de los profesores de su liceo. También dio una interesante conferencia a padres, apoderados, público, autoridades y profesores de la ciudad, sobre los fundamentos de la reforma. La acogida entusiasta se vio reflejada en el periódico *La Verdad*, que publicó íntegro el texto de aquella conferencia. Además, dejó iniciado un estudio de estadísticas referentes a la provincia para el cual lo nombró en comisión el Intendente Zañartu.

No obstante la vida grata de que disfrutaba en el ambiente valdiviano, a Venegas le interesaba su perfeccionamiento profesional y con ese fin aceptó trasladarse a Chillán a comienzos de 1895, cuando lo invitara su ex compañero Luis Torres Pinto. Este profesor era el rector del liceo chillanejo y había logrado reunir el más selecto plantel de esos años. Allí se juntaron Enrique Molina G., Maximiliano Salas M., Enrique Sepúlveda C., Gregorio Bravo y Alejandro Venegas. Con el rector mencionado estos profesores, en un ambiente propicio, dieron al liceo el carácter de establecimiento modelo en la aplicación de la reforma.

En los diez años que sirvió Alejandro Venegas en las aulas del liceo chillanejo fueron reconocidas sus dotes excepcionales de pedagogo. Su gran amigo Enrique Molina recuerda la vasta versación literaria, la base filológica y científica poco común de Venegas y los conocimientos de griego, latín, portugués, gallego y catalán, que demostró en sus traducciones de poetas de

dichos idiomas al castellano³. Algunos de los alumnos de ese tiempo expresaron por escrito unos, y oralmente otros, testimonios de la alta calidad didáctica del joven maestro.

Pero una vez más, como en Valdivia, actuó en el medio social, encauzando sus inquietudes literarias en colaboraciones a la *Revista del Sur*, que fundara en 1897 su distinguido colega Enrique Sepúlveda Campos. En sus páginas aparecen las poesías de Venegas junto a colaboraciones de Manuel J. Ortiz, de Antonio Bórquez Solar y de Enrique Molina Garmendia. Además participa en la Sociedad de Instrucción Primaria de la ciudad y es uno de los redactores de los programas para sus escuelas. En el otoño de 1896, participa junto con Enrique Molina en la proclamación de don Vicente Reyes, candidato a la Presidencia de la República, en la plaza de Chillán. Los profesores pronunciaron en esa ocasión discursos beligerantes en un nivel de seriedad y basados en argumentación sólida. Sin embargo, darían motivo a una increíble andanada de injurias y calumnias en diarios locales y capitalinos. El escándalo llegó hasta el Parlamento y el Ministro de Educación, una vez conocidos los antecedentes, desestimó las acusaciones.

Estaba próximo a la significativa edad de los treinta años cuando debió afrontar la prueba más difícil de su existencia. Se enamoró apasionadamente de una joven perteneciente a una distinguida familia de la ciudad. Le dedicó inspirados versos que publicó en la *Revista del Sur*, pero no tuvo la anhelada correspondencia de sentimientos. Perseveraba en conquistarla cuando se interpuso la influencia de una dama que tenía tutela sobre la muchacha. Según su consejo no le convenía un simple profesor de "medio pelo" y en cambio era "un buen partido" cierto comerciante próspero con el cual la joven a corto plazo contrajo matrimonio.

El pretendiente frustrado, herido en lo más hondo de sus sentimientos, buscó inútilmente anestesiar su dolor en cantinas y prostíbulos, pero solamente consiguió exacerbarlo. Acosado por la desesperación decidió quitarse la vida, cuando ya ésta no tenía sentido... Pero una fuerza más poderosa se lo impidió y le hizo reflexionar...

Algunos años más tarde, en Talca, escribió Venegas un poema en prosa que es estrictamente autobiográfico; al mismo tiempo, es un ensayo de crítica religiosa, titulado *La Procesión de Corpus*. En ocasión de celebrarse dicha solemnidad en la plaza de Santo Domingo de Chillán, conoce a un hombre extraño que parece un obrero muy pobre y que no implora limosna,

³Enrique Molina, *Alejandro Venegas* (Dr. J. Valdés Cange). *Estudios y recuerdos*. Ed. Nascimento, Santiago, 1939, pp. 16 y 17.

pero su desamparo conmueve al autor. Se acerca a ofrecerle una taza de café y una manta para abrigo. Conversan y a través de las palabras aquél se transfigura hasta aparecer el propio Jesús que, con tristeza pero con energía, se duele de las falsificaciones que han hecho de su doctrina original los que dicen ser sus discípulos. En agradecimiento por haberse acercado a ofrecerle consuelo y ayuda, dice Jesús al joven: "puedo poner en su mano la felicidad de toda su vida". La procesión va a terminar y antes de concluir el diálogo, el autor le relata sus penas al nazareno y le pide que la mujer amada vuelva a él. La aparición se desvanece y queda preguntándose: ¿Fue un sueño? ¿Fue realidad?

Continúa narrando el autor su asombrosa experiencia y al no poder empezar una carta de adiós a su madre, vuelve a aparecer Jesús, ahora en su aposento privado, amonestándolo por intentar eliminarse de la vida. Despejando su duda le expresa: "No sueñes, soy yo". El joven reitera su ruego y le recuerda su promesa de darle la felicidad. La respuesta sorprendente, que conmoverá su espíritu, sale de los labios del visitante: "Sé hombre, sé humano: levántate sobre el nivel de los vulgares. Abre tu corazón al verdadero amor y ama mucho. La pasión egoísta centrada en una sola persona conduce a una felicidad efímera, en cambio la verdadera felicidad tiene su origen en el amor a la humanidad en todos los seres, pero no en las palabras sino con acciones". Y en seguida con serena autoridad le pregunta: ¿Qué has hecho tú por tus semejantes? y le ordena: "baja al pueblo; conócelo, pon el oído en su corazón y el dedo en sus llagas, y después lánzate a luchar por él, convenciendo con la pluma y la palabra, y persuadiendo con tu ejemplo".

El gran novelista Thomas Mann escribió: "A los treinta años se sale de la oscuridad y del desierto de la edad preparatoria, para entrar en la vida militante. Es el momento en que uno se manifiesta, el momento en que uno se realiza"⁴. Alejandro Venegas se manifestó y empezó a realizarse como adulto en plena madurez luego de superar la encrucijada que puso a prueba la integridad y la energía de su carácter. De allí en adelante consagra su existencia al cumplimiento heroico del programa propuesto.

MAESTRO EDUCADOR, BELIGERANTE

El liceo de Talca afrontaba en 1904 la crisis más profunda de su historia. Las relaciones entre rector, profesorado y alumnado se habían hecho insosteni-

⁴Thomas Mann, *José en Egipto*, Ed. Ercilla, Santiago, 1941, p. 156.

bles. De un lado, la suma de torpezas ahondaba el conflicto; del otro, una agresiva insolencia pasaba los límites de toda tolerancia. Era impostergable reorganizarlo por completo y la difícil tarea fue encomendada al profesor Enrique Molina, otorgándole las autoridades las más amplias atribuciones con su nombramiento de rector. La primera medida de éste fue invitar a Venegas, ofreciéndole el cargo de vicerrector, a colaborar en la desafiante labor. Pero Venegas rehusaba aceptar el cargo por estimar que, para desempeñarlo, su ánimo aún deprimido no era lo más indicado. Las buenas razones de Molina y su amable amistad le convencieron finalmente y se trasladó a Talca, donde cumpliría la etapa más fecunda y dura de su existencia.

Sus alumnos del liceo de Chillán le dieron una despedida expresándole su gratitud. Venegas pronunció ante ellos un discurso inolvidable. Les reiteró lo esencial de sus enseñanzas, su consejo de amar siempre los valores de la belleza, de la bondad, de la justicia, de la sinceridad y del amor a la patria, advirtiéndoles que ésta es tarea constante de la paz y no de la guerra, e indicándoles cuán a menudo se la confunde con la simple "patriotería". Con respecto a la sinceridad les exaltó el valor de actuar según los dictados de la propia conciencia por encima de cálculos de conveniencias mezquinas. Un párrafo de aquel discurso señalaba una escala de valores que los jóvenes no olvidarían con respecto a la patria y que dice: debéis haceros "capaces de sacrificaros por vuestra familia, de sacrificar a la familia por la patria, y a ésta por la Humanidad". No pocos sinsabores le significarían estas palabras cuando se le acusó en el Senado de antipatriota, algunos años más tarde. Pero sus discípulos y los que leyeron el discurso en el folleto que editara en Talca, recordaron por el resto de sus días el efecto de aquellas palabras como orientaciones fundamentales.

Uno de sus discípulos más distinguidos de Talca, Armando Donoso, refiriéndose al profesor Venegas escribió: "Sus clases constituían el mejor y más amplio ejercicio intelectual: la vasta cultura de Venegas permitía instruir acabadamente a sus alumnos, relacionando los asuntos de sus lecciones con todos los conocimientos que podían suscitar un interés para la curiosidad juvenil". Más adelante afirma: "Nunca tuve la suerte de conocer a un profesor que sintiese con tanta elevación el valor nobilísimo de su misión de maestro"⁵. A su vez el rector Molina escribe: "Venegas en el vicerrectorado-

⁵Armando Donoso. Prólogo a *Por propias y extrañas tierras*, del Dr. J. Valdés Cange, Nascimento, Santiago, 1922, p. 17.

do era un educador de corazón, severo y cariñoso a la vez, que sabía hacerse querer y respetar de sus discípulos"⁶. Tenía a su cargo el internado y teniendo allí habitación privada podía dedicar al liceo todo su tiempo. Era el orientador y consejero en todos los aspectos de la convivencia de los educandos, también frente a sus dificultades en los estudios, y a los problemas de salud, de alimentación y de sus hábitos. Salía a excursiones con ellos los fines de semana y no dejaba pasar oportunidad propicia para instruirlos y hacerlos reflexionar.

De una relevante importancia fueron las charlas literarias que organizó Venegas con sus alumnos. Al principio sólo como actos escolares, llegaron a constituir el modo más efectivo de proyectar la acción cultural del colegio en la comunidad y de estimular las capacidades artísticas, literarias y oratorias de los jóvenes. Se iniciaron en el mundo de las letras allí, Domingo Melfi, Armando Donoso, Ricardo Donoso, Roberto Meza Fuentes, Juan Marín R., Aníbal Jara Letelier, Armando Rojas, Ernesto Barros Jarpa, Mariano Latorre, etc. Y colaboraron más de una vez otros ya consagrados que eran invitados: Pablo de Rokha, Pedro Sienna. El propio Venegas expuso sus experiencias de viajes por países vecinos. El maestro Juan R. Allende, al piano, amenizaba el programa. El liceo ganó gran prestigio y los talquinos pudieron enorgullecerse de los frutos alcanzados gracias a ese vivero de intelectos.

En su intenso quehacer, Venegas daba muestras de inagotable entusiasmo y energía, al mismo tiempo de admirable talento, iniciativa, buen humor y jovialidad. Hasta en los momentos más difíciles e ingratos, recuerda el rector Molina, su capacidad estimuladora podía inyectar optimismo en los ánimos derrotados.

No contento con eso, su indomable beligerancia lo indujo a realizar, durante las vacaciones de los años 1906 a 1910, esforzados viajes de estudio, con sus propios medios económicos, a distintas ciudades y provincias del territorio. Buscaba conocer costumbres, condiciones de vida e idiosincrasia de nuestro pueblo, ambientes de trabajo y calidad de los servicios públicos. Productos de esos viajes fueron: *Cartas al Excmo. Señor don Pedro Montt*, editado en 1909 y *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, editado en 1910. No podemos detenernos en la vastedad de los temas allí tratados. Solamente indicaremos que en esas páginas ocupa espacio principal el estudio de todas

⁶Enrique Molina, obra citada, p. 47.

las ramas de nuestra educación pública, inclusive la universidad. Venegas plantea el problema educacional como un todo que a su vez se hace significativo en un conjunto mayor del que forma parte: la sociedad chilena, sus costumbres, su régimen de gobierno, su legislación, sus instituciones públicas y privadas, etc. No es la visión del pedagogo especialista encerrado en el espacio de su ramo, sino la del sociólogo, del observador ilustrado de una realidad que aspira a mostrar, con apasionada sinceridad, a la conciencia de todos los que pueden mejorarla y enmendar rumbos. La sinceridad del Dr. J. Valdés Canje, su seudónimo, —fue motivo de aplauso para unos pocos y para otros de reprobación y repudio. El autor, que tenía vivas esperanzas de haber despertado conciencias adormecidas, cosechó en realidad más amarguras e incomprendiciones de las que podía imaginar. La enconada persecución de que fue víctima llegó a expresarse en la propuesta de exonerarlo de su cargo. Aunque esto no prosperó, gracias a su intachable prestigio profesional, la campaña de calumnias de inauditas injurias, la difamación odiosa, envenenaron sus días con inusitada crueldad. A lo anterior se vino a sumar la agudización de una diabetes, seguramente precipitada por los intensos esfuerzos tanto intelectuales cuanto físicos del inquieto investigador. Su médico le aconsejó jubilar en prevención de consecuencias no remediables.

Retirado de su cargo, con una modestísima pensión, reunió a sus hermanas en el vecino pueblo de Maipú, donde estableció un almacén. Allí los vecinos pronto le distinguieron nombrándole Alcalde de la Comuna y desde ese cargo realizó una encomiable labor de progreso. El cumplimiento de la Ley de Educación Primaria Obligatoria y la pequeña escuela nocturna para alfabetizar y enseñar oficios fueron sus preocupaciones predilectas. Cuando creyó haber recuperado su salud en 1921, postuló a un cargo vacante de Secretario del Consejo de Instrucción Primaria. Las autoridades del Ministerio ni siquiera por cortesía le devolvieron su solicitud denegada. En compensación, en esos años se complacía recibiendo las visitas de sus ex discípulos; algunos eran dirigentes de la Federación de Estudiantes, otros, distinguidos profesionales, políticos, escritores, etc. También acudían a visitarlo dirigentes gremiales del Magisterio, que siempre hallaban interesantes y útiles las opiniones del veterano combatiente en la lucha por la cultura del pueblo.

Acosado por la diabetes, falleció el 5 de mayo de 1922.

El escritor Armando Donoso y el poeta Roberto Meza Fuentes rindieronle homenaje en el salón de honor de la Universidad de Chile. Donoso con una conferencia que serviría de prólogo a la obra póstuma del maestro, *Por*

*propias y extrañas tierras*⁷; y Meza Fuentes, con un sentido poema titulado *A/ Maestro*.

El nombre de Alejandro Venegas, signo de anticonformismo y de severa crítica, ha motivado discrepancias y no pocas veces juicios ofuscados y mal informados. Es necesario hacerle justicia procurando comprender mejor su vida y su obra. En 1945 se propuso en Valdivia dar al liceo de hombres, en homenaje a su memoria, el nombre de "Alejandro Venegas"; en 1947 se propuso lo mismo respecto al liceo de Melipilla. En ambos casos esas loables iniciativas no prosperaron. En cambio, los vecinos de Maipú han mostrado ser más generosos al dar el nombre de "Alcalde Venegas" a una modesta callecita de esa localidad.

Armando Donoso denominó "autopsias" a los análisis críticos de *Sinceridad*. Aunque comúnmente el vocablo se emplea en el sentido de disección de cadáveres, el escritor le dio el significado que se ajusta a la etimología: "Ver con los propios ojos". El Dr. J. Valdés Cange (Venegas) vio con sus propios ojos la realidad chilena y la mostró en sus diversos aspectos, configurando un diagnóstico. Visitante en ciudades, campos, puertos y campamentos mineros, no se conformó con ser espectador; disfrazado ingeniosamente, participó muchas veces en esforzados trabajos que necesitaba conocer más a fondo. Este método de investigación sociológica se denomina "observación participante" y en nuestro país tuvo un precursor ilustre en el sociólogo Venegas.

Los detractores del maestro han destacado sus críticas ácidas a lo que él llamó 'males' de la sociedad chilena en 1910, pero han omitido referirse a la segunda parte de su obra *Sinceridad* que contiene un conjunto de reformas para superar aquellas deficiencias o males. Se olvida, también, que Venegas fue un decidido defensor de un estilo propio de vida que los chilenos deberían definir sobre la base de un cabal conocimiento de nuestra realidad. Siempre rechazó la imitación ciega y servil de modelos, la simulación y la hipocresía.

Con esta reseña de su vida y su obra rendimos un homenaje al insigne educador y asociamos los infortunios que marcaron su existencia con los sufridos por muchos educadores, en distintas épocas y que, como él, han sido inconformistas y críticos en la lucha por la cultura y la educación.

⁷El prólogo de Armando Donoso es uno de los mejores estudios analíticos de la obra de Venegas. En la citada obra póstuma fueron incluidas por el prologuista *La Procesión de Corpus* y una breve autobiografía escrita en 1921.